

más sesuda y detenida de las permitidas a nuestra pluma; los "comentarios" y las "presentaciones" de los dos tercios restantes desafían la agilidad de presentación de cualquier elaborador de recensiones.

Desfilan por esas dos terceras partes finales, con rasgos breves de mano maestra: la geopolítica como moda atractiva para ciertos "expertos" la geografía degenerada en "geografía mágica" por virtud de los *suggestive Karte* de la propaganda nazi, el vencimiento del determinismo por el posibilismo que reconoce en el hombre la calidad de "agente geomórfico", la calificación de la propia geopolítica como "mito vivificador de hombres que han perdido el sentido de los valores profundos", el tránsito de Europa, visto como fugacidad de época de oro, incapaz de sostenerse por la tensión excesiva que requiere, la reiteración del llamado de Vinogradoff al "Common sense in law", a fin de que la filosofía jurídica deje de especular sobre libros, para hacerlo sobre las realidades de la experiencia, la presentación del primate Weber... etc.

Pero, pretender dar cuenta de la indomeñable variedad temática de esta pequeña obra sería tarea vana. Por otra parte, quizás ya hayamos caído en demasía en los defectos que Medina Echavarría (en "El Sociólogo y el Arte") señala como característicos de este género literario menor que es la nota bibliográfica. De ahí que la presente llegue a su fin de manera brusca y un tanto desusada; lo cual es el mejor tributo que puede rendirse a estos ensayos, gracias a los cuales hemos tomado conciencia de nuestra responsabilidad como reseñadores de las disciplinas sociales que —como asienta el propio Medina Echavarría— se encuentran en la encrucijada.

COWELL, F. R.: *History, Civilization and Culture*. An introduction to the Historical and Social Philosophy of Pitirim A. Sorokin. Adam and Charles Black. London.

Lo copioso de la obra del sociólogo ruso-norteamericano Pitirim A. Sorokin, y el carácter de elevada especialización que siempre ha tratado de dar a sus trabajos, le colocaban un poco fuera del alcance del lector general que precisa de información fresca acerca de los movimientos ideológicos de actualidad y que, por no hacer de la sociología y de la historia focos únicos de interés, está incapacitado para la lectura y la meditación pacientes requeridas por la obra de este pensador contemporáneo. Por lo mismo, la obra del propio Sorokin precisaba la labor de un exégeta esquematizador, y lo ha encontrado al fin en F. R. Cowell quien en este libro nos presenta los grandes marcos del pensamiento sorokiano.

La calidad histórica y sociológica de los temas considerados por Sorokin imponía a Cowell la necesidad de fijar ese pensamiento en un sistema coordinado análogo, y es así como considera el de Sorokin como uno de los muchos intentos que pretenden diagnosticar las causas por las cuales peligra la civilización, y que tratan de brindar, asimismo, los remedios para la crisis.

Hace notar el autor que tanto Sorokin como Spengler, luchan en contra de la idea —muy enraizada en Occidente— de que toda la historia humana es una lucha por conseguir la floración de la época actual, aún cuando cabe añadir a lo dicho por Cowell que mientras la de Spengler es una lucha de extensión horizontal o geográfica, la de Sorokin es una lucha de ampliación del punto de vista propiamente histórico y que debe considerársele por lo mismo como batalla en pro del

ahondamiento vertical. De ahí que, según nuestro punto de vista, la de Sorokin sea una revolución copernicana que no substituye sino complementa la llevada a cabo por el autor de "La Decadencia de Occidente".

La obra de Sorokin es una sublevación etnográfica en contra del enfoque ptolomésico o provincialista de considerar todas y cada una de las épocas de la historia humana en función de los particulares puntos de vista del "here and now" en el que se coloca el autor, es, propiamente, un levantamiento en contra del espíritu estrecho o en contra de esa incapacidad para sumergirse en el océano de la historia y realizar esa "proeza natatoria" que tan esencial resulta para el entendimiento humano según el pensamiento de Ortega y Gasset.

De ahí que Sorokin se rebele en contra de quienes consideran como oscuras y estúpidas épocas como la Edad Media, como la Grecia Arcaica o el Imperio Bizantino, a las cuales se califica con tanta frecuencia en esa forma peyorativa por el solo hecho de no coincidir con los nuestros sus puntos de vista cordiales.

En efecto, hacia esa cordialidad (como referencia a meollo o núcleo) es hacia la que se dirige el anhelo pesquisador de Sorokin quien en una nueva actitud de protesta (esta vez frente a los etnólogos), proclama la esencial imposibilidad de demarcar una cultura o relacionarla con otra a base de los puros vínculos externos; por lo mismo, sus concepciones se oponen a las de los antropólogos constructores de "áreas culturales" (aunque quizás no a las de quienes reconocen secuencias de "estratos culturales"). Por otra parte, y con el mismo fundamento crítico, rechaza los conceptos de Spengler y de Toynbee en relación con las "civilizaciones"

Pero, la obra de Sorokin no podía ser de mera rebeldía; él sabe bien que si se destruye no es sólo por que se tenga el derecho de demolar, sino porque, al mismo tiempo que se acciona la piqueta se tiene ya en la mente y en el corazón la pre-visión y la voluntad creadoras; de ahí que proponga, a cambio de lo que hace caer, su teoría de que la cultura verdadera está constituida por un significado o idea central, para la cual resulta permeable (y de la cual resulta permeada) toda la vida y toda la actividad de los integrantes de ese sistema cultural. Por ese "significado" entiende Sorokin todo lo que está como signo de algo, y, por "lógico" exhibe un modelo internamente consistente en el cual las partes se mantienen juntas en forma coherente, de tal manera que la cultura es, sobre todo, una integración lógico significativa; concepto éste que nos recuerda más bien la definición que, en otros labios, hemos escuchado de "mentalidad".

El exégeta de Sorokin nos hace ver que el autor a quien estudia tiene una teoría acerca de las formas culturales, y respecto de la dinámica que les es propia, y aunque reconoce, como acabamos de apuntar, que cada cultura tiene su propia idea central (la *paideia* entre los griegos según la enseñanza de Jaeger), también establece que habida cuenta del carácter común de los pivotes centrales de todas las culturas, puede agruparse a éstas en tres grandes grupos:

- 1°—el de las ideacionales,
- 2°—el de las sensuales, y
- 3°—el de las idealísticas.

Hace ver Cowell que, para Sorokin, la cultura ideacional corresponde a la edad de la fe, la sensual a la de la ciencia y el hombre común, y que sólo es la cultura de mentalidad idealística (o mix-

ta) aquélla en la que el significado y valor de la vida resultan consistentes y armónicamente balanceadas, puesto que esta cultura no mira a la vida como algo puramente negativo (según ocurre con las del primer grupo), sino que considera al mundo de los sentidos como aporte para la mayor gloria del espíritu humano.

Sorokin —y con él su exégeta— toman al lector de la mano y le hacen recorrer seguidamente lo laberíntico de la historia y de la actividad humanas en sus distintas particiones, mostrándole la forma en que se suceden en el tiempo los tres grandes sistemas en las artes plásticas, en la música, en la literatura, en la crítica, en la filosofía, en la ciencia, en la ética y el derecho, así como en las relaciones sociales políticas y económicas (entre las que considera particularmente el problema de la libertad y de su desarrollo).

Al llegar a la explicación del cambio social, Sorokin se pronuncia en favor del cambio inmanente, producto de las transformaciones continuas, internas y consustanciales al sistema cultural mismo, y no explicable por los factores externos.

Establece, sin embargo, su famoso principio de los límites”, según el cual, el cambio social no puede producirse indefinidamente en un sentido lineal (ya que cuando tal cosa parece ocurrir se trata más de una “tendencia” que ha de cesar más o menos pronto). Por otra parte, a pesar de ser múltiples las posibilidades del cambio en un sistema, éstas no son ilimitadas, de donde resulta que “la historia es siempre nueva y siempre vieja”, aún cuando no en el sentido mismo asentado en el *corsi* y el *ricorsi* enunciados por Vico.

La exégesis que comentamos tiene la virtud de la claridad simplificadora que hay que exigir siempre a libros de su

tipo; popularizará la obra de Sorokin sin demeritarla en lo más mínimo.

Fyot, Jean Louis: *Dimensions de l'Homme et Science Economique*. Bibliothèque de Philosophie Contemporaine. Presses Universitaires de France. 1952.

La lógica dialéctica, que ha explicado el devenir en función de tres momentos (tesis, antítesis y síntesis) parece haber presidido la concepción de este libro que, en sus primeras páginas contrapone a la doctrina económica clásica la doctrina marxista (tesis y antítesis) para mostrar después sus incapacidades inherentes y tratar de delinear una tercer teoría (negación de la negación) que supere las antinomias aparentemente insalvables de las primeras.

Por principio de cuentas, Fyot niega la doctrina clásica por su falta de carácter humano, y con ello contiene parcialmente en la suya a la doctrina marxista y a la oposición humanitaria de Sismondi. Sin embargo, no se asimila al conjunto de reacciones antiliberales mejor conocidas por cuanto crítica el que éstas se ocupen casi únicamente del lado o aspecto social del hombre, dejando completamente de lado su aspecto o dimensión individual. O sea, que los lineamientos de la doctrina económica de Fyot tratan de establecer un equilibrio entre el individualismo de los clásicos y el socialismo marxista.

El autor muestra que la libre concurrencia propugnada por los doctrinarios del *laissez-faire*, se convierte en una lucha a muerte, y que si en el capitalismo “atomístico” los sujetos económicos se creían independientes unos de otros, en el capitalismo “molecular” o de grandes concentraciones, resultante de aquella pugna por la supervivencia del más fuer-